

CARLOS TAIBO

# La urgencia de un nuevo pacifismo

*El devenir del mundo observado desde la distinción de tres etapas clave es el objeto de un texto cuyo marco de reflexión es la evolución de los movimientos pacifistas. La Guerra Fría, su fin y los atentados del 11-S son acontecimientos que han marcado un nuevo orden internacional al que responder por parte de los movimientos contestatarios. A pesar de lo que en ocasiones pueda transmitirse, estos cambios no han modificado realmente los patrones de las relaciones Norte-Sur, cuyas principales víctimas –las del Sur–, son las que más directamente tienen que afrontar sus consecuencias. El autor analiza en este texto el papel de actores como EEUU, y arroja luz, a partir de la formulación de unas preguntas, sobre el escenario en el que vivimos.*

Si así se quiere, y con las cautelas que procedan, pueden identificarse tres etapas en el derrotero reciente de los acontecimientos en el planeta. La primera de ellas correspondió a la confrontación que libraron los dos grandes bloques militares, que tocó a su fin, como es sabido, a caballo entre los decenios de 1980 y 1990. Esa etapa se caracterizó ante todo por la presencia de reglas del juego razonablemente claras, que permitían una general previsibilidad de los movimientos de uno y otro bloque, y que se hacían acompañar de altos niveles de gasto militar y del despliegue de conflictos, intensos y frecuentes, en el Tercer Mundo; no se olvide que, con alguna marginal excepción, los países del Norte se vieron liberados de tensiones bélicas entre 1945 y 1991. Las cosas como fueron, conviene que huyamos cuanto antes de cualquier tentación de idealización de lo que supuso la confrontación entre los bloques: aunque es verdad que la existencia de la Unión Soviética moderó en alguna medida determinados espasmos de agresividad de EEUU, no lo es menos, por mencionar un dato entre muchos, que la relación Norte-Sur, con sus dramáticas secuelas en forma de explotación y expolio de recursos humanos y materiales, conservó todo su vigor.

Una segunda fase, que podemos sugerir lo fue de interregno, se abrió camino en el último decenio del siglo XX. El hecho de que EEUU, indeciso

Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid

durante años, se tomase su tiempo para gestionar la victoria en la Guerra Fría se tradujo en dudas, incertidumbres y una creciente y paradójica imprevisibilidad de muchas relaciones. Mientras los conflictos bélicos empezaron a hacerse presentes en el Norte –ante todo en la periferia de lo que antaño habían sido los países de “socialismo irreal”–, hicieron su aparición también guerras de nuevo tipo en las que se manifestaron agentes mucho más difusos que los que habían operado en el pasado (ahí estaban, sin ir más lejos, flamantes ejércitos privados que pasaron a operar en lo que con más de un equívoco hemos dado en llamar Estados fallidos). Nada retrata mejor la condición de estos años que la eclosión del autodenominado intervencionismo humanitario, detrás del cual se vislumbraban, sí, muchas de las dudas del momento, pero también el firme designio de defender tradicionalísimos intereses. Hoy sabemos que las potencias que se encargaron de acometer las intervenciones correspondientes no hacían otra cosa que procurar formas novedosas de sacar adelante sus políticas más tradicionales.

---

Se antoja urgente la gestación de una suerte de nuevo  
pacifismo dispuesto a encarar una pronta y  
contundente réplica a un proceso que se va a revelar  
con fuerza en los años venideros

---

Aunque la linde cronológica es más que discutible, una tercera etapa adquirió carta de naturaleza, en fin, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington. A partir de ese momento, y según la percepción más extendida, EEUU clarificó su papel internacional al amparo de un activo intervencionismo que, nada humanitario, zanjó los escasos elementos de unilateralidad que marcaban antes la política del país. No sólo eso: la Casa Blanca utilizó interesadamente la amenaza terrorista y al respecto no dudó en conculcar derechos y libertades, manifestó un franco desprecio hacia el sistema de Naciones Unidas y facilitó el asentamiento de fórmulas de mal resolución de conflictos de largo aliento. Todo ello se produjo, claro es, al servicio de intereses privados y de una general rapiña de recursos, en el marco general que ofrecía una globalización capitalista marcada por la especulación, las fusiones de capitales, la deslocalización y una activa desregulación. Bien es cierto que en este nuevo escenario pervivieron, claro que sí, elementos significados de las etapas anteriores. Bastará con recordar, para testimoniarlo, una notable recuperación del gasto militar en todo el planeta, una perpetuación de los elementos singularizadores de los conflictos que se habían abierto camino en el decenio de 1990 –el empleo, por ejemplo, de ejércitos privados– y la propia preservación, llegado el caso, de fórmulas de intervencionismo que reclamaba para sí la condición de humanitario.

## Tradicción y novedad en la propuesta pacifista

Por razones que saltan a la vista, la tercera etapa que acabamos de dibujar –la etapa en la que, infelizmente, nos encontramos– ha obligado a reflotar muchos de los elementos tradicionales del discurso defendido por los movimientos pacifistas, más o menos afectado por un final, el de la Guerra Fría, marcado desde los circuitos oficiales por etéreas propuestas de un nuevo orden internacional y por una cautelosa reducción de los arsenales. A la hora de explicar el retroceso que se verificó entonces en lo que se refiere a los movimientos pacifistas conviene agregar también las numerosas ilusiones ópticas generadas por el intervencionismo humanitario, en la forma ante todo de un doble y equívoco proceso de humanización de lo militar y militarización de lo humanitario. Bien es verdad que la reconversión experimentada por tantos grupos pacifistas exhibió un rasgo de interés que ha llegado hasta nuestros días: el vinculado con la aparición de una cristalina conciencia en lo que hace a la necesidad de articular redes más amplias que faciliten una estrecha conexión con otros movimientos sociales, preservando al tiempo, eso sí, el perfil de muchas de las luchas tradicionales (no violencia y antimilitarismo, objeción de conciencia, objeción fiscal, campañas por la reducción del gasto militar, contestación de las armas nucleares...). No se olvide al respecto que las agresiones militares estadounidenses en Afganistán, primero, y en Irak, después, permitieron una rápida recuperación de muchos de los contenidos de siempre de las demandas planteadas por los movimientos pacifistas.

Éste es el momento de subrayar, con todo, que, luchas tradicionales aparte, hay motivos poderosos para mantener en pie un movimiento pacifista interrelacionado, claro, con otras iniciativas de contestación del orden existente. Y es que se antoja urgente la gestación de una suerte de nuevo pacifismo dispuesto a encarar una pronta y contundente réplica a un proceso que se va a revelar con fuerza en los años venideros. El punto de partida de nuestras consideraciones al respecto es fácil de reseñar: aunque las poblaciones de los países del Norte desarrollado son –somos– profundamente insolidarias, y lo son entre otras cosas porque los problemas más hondos –la pobreza y el hambre que acosan a buena parte del planeta– se hallan comúnmente muy lejos, dos circunstancias novedosas van a acabar por afectarnos de manera notable y con enorme rapidez. Hablamos, claro es, del cambio climático, por un lado, y del inevitable encarecimiento de las materias primas energéticas, por el otro.

La inmediatez y la contundencia de los dos procesos que acabamos de mencionar parecen llamadas a estimular una discusión inevitable que va a colocar al mercado y, en general, al propio capitalismo en el punto de mira de muchas disputas. Por fuerza vamos a tener que preguntarnos, en otras palabras, si esos instrumentos permiten hilvanar respuestas convincentes a los retos derivados del cambio climático y de un notable encarecimiento en los precios de la energía. Todo ello, por sí sólo, se apresta a configurar un escenario muy

adecuado para que muchas de las demandas tradicionales de los movimientos de contestación –y entre ellas las que plantean discusiones críticas relativas al crecimiento, al consumo y a las necesidades– encuentren eco creciente entre capas cada vez más amplias de la población.

## **El darwinismo social que viene**

Bien es cierto que esa edad de oro que acabamos de anunciar para los movimientos contestatarios es sólo una cara –la agradable– de la cuestión. La contrapartida que ahora pasamos a reseñar configura la razón principal que obliga a alimentar lo que antes hemos descrito como un nuevo –y radical, agregamos ahora– pacifismo. Y es que resulta sencillo imaginar que una de las respuestas fundamentales que los poderes que guían hoy en día la globalización capitalista se disponen a considerar seriamente es la que pasa por una especie de ambicioso y asesino darwinismo social encaminado a reservar, para unos pocos, recursos que, las cosas tal y como van, se anuncian escasos. No se olvide que, conforme a una lectura legítima, buena parte de las políticas que abraza el actual presidente de EEUU, George Bush hijo, puede interpretarse en esa clave. Ahí están, como testimonios indelebles, el designio de reservar para su país –o al menos para las elites dirigentes del mismo– materias primas muy golosas, a través tanto de un creciente control de yacimientos y conductos, como de políticas orientadas a garantizar los precios internacionales que convengan. Pero ahí están también el firme propósito, tan importante como lo anterior, de reducir las posibilidades al alcance de eventuales competidores y de acabar con enemigos, supuestos o reales, estatales o privados.

No puede dejar de sorprender que en el caso de los gobernantes estadounidenses del momento no parezca apreciarse conciencia alguna en lo que respecta a la hondura de los riesgos que se avecinan. Semejante conducta sólo puede explicarse con arreglo a dos apreciaciones. Si la primera sugiere sin más que revelaría una formidable y ciega inconsciencia ante lo que se nos viene encima, la segunda, en el horizonte mental que aquí estamos desarrollando, apunta que la respuesta a esos retos está llamada a recordar poderosamente lo que fueron muchas de las políticas abrazadas, setenta años atrás y con las consecuencias que ya conocemos, por la Alemania nacionalsocialista. En tal sentido, el caos general que se estaría instalando en tantos ámbitos al calor de la globalización capitalista, aunque en principio, y en apariencia, una consecuencia indeseada de esta última, a la postre se convertiría en una formidable ventana de oportunidad para satisfacer de forma obscena los intereses de unos pocos.

Que nadie se confunda al respecto, por cierto, en lo que atañe al aparente giro que Bush hijo ha acometido en los últimos meses en relación con el cambio climático: la asunción,

finalmente acatada y acaso inevitable, de que aquél es producto de la acción de la especie humana en modo alguno ha dejado expedito el camino, siquiera sea incipientemente, al designio de discutir críticamente qué es lo que corresponde hacer para, hablando en serio, darle réplica al deterioro de tantos equilibrios medioambientales. Antes bien, la respuesta del presidente estadounidense se despliega en una clave que es la suya de siempre: la defensa cabal de los intereses de las grandes empresas transnacionales, a través, en unos casos, de una creencia casi religiosa en las posibilidades que se derivan de tecnologías que están por aparecer –y que parece van a llegar tarde al envite–, y a través, en otros, de la omnipresente sugerencia de que el cambio climático ofrece oportunidades saludabilísimas de negocio. A la postre –viene a decírsenos– serán aquellos que han puesto en un brete precarios equilibrios los que vendrán en nuestro socorro con sus filantrópicas prácticas económicas, sociales y medioambientales.

Hora es ésta de subrayar que, en forma de sugerente indicador de los peligros que nos acechan, esta mezcla de fe ciega en la tecnología y de búsqueda obscena del beneficio privado no es privativa de Bush hijo y de los círculos conservadores que apoyan al actual presidente estadounidense. Alcanza también, claro que de forma más mesurada –no nos excedamos en el argumento–, a quien fuera su contrincante en las elecciones presidenciales estadounidenses del año 2000, Al Gore. No se olvide al respecto que, aunque este último muestra una clara conciencia en lo que hace a los peligros que se derivan del cambio climático, no por ello deja de mantener una confianza innegable en las posibilidades que la iniciativa privada ofrece al respecto, y ello por mucho que sea cierto que, a la postre, y bien que no siempre de manera clara, reivindique algo que suena a herejía para los adalides del mercado: una necesaria reducción en nuestros niveles de consumo. Importa sobremanera realizar este recordatorio por cuanto, y en todos los órdenes, no siempre es sencillo determinar genuinas diferencias, en los hechos, entre las posiciones que republicanos y demócratas blanden, en EEUU, con respecto a estas cosas.

## Preguntas y alternativas

Lo que acabamos de anotar nos emplaza en el camino de recordar que, naturalmente, son muchas las incógnitas –la mayoría hoy por hoy irresolubles– que se nos presentan por delante. Una de ellas se interroga por los imaginables beneficiarios de esta suerte de neofascismo que puede cobrar cuerpo: ¿estamos hablando de un trasunto de las separaciones y las exclusiones que han marcado, desde mucho tiempo atrás, la relación Norte-Sur o, por el contrario, las reglas del juego que se barruntan acarrearán nuevas exclusiones que afectarán a las propias poblaciones del Norte desarrollado? ¿Cuál ha de ser, por otra parte, el cometido asignado a los Estados en esta gigantesca operación? ¿No es razonable afirmar al respecto que el experimento que ha ido ganando carta de naturaleza en la era de la glo-

balización capitalista –al amparo de la desregulación de los poderes públicos están perdiendo comba visiblemente en el ámbito económico y social, al tiempo que la están ganando, en cambio, en el terreno represivo-militar, en un escenario marcado, por añadidura, por un general retroceso en derechos y libertades– arroja suficiente luz sobre lo que se nos viene encima?

¿No es verdad, por otra parte, que a menudo somos víctimas de una ilusión óptica que señala que las empresas transnacionales nada tienen que ver con la lógica de los Estados-nación y que da en olvidar que en los hechos los más poderosos de entre éstos se han dotado de formidables maquinarias militares al servicio, con meridiana claridad, de los intereses de esas empresas? ¿No es también de interés, en lo que atañe a nuestra reflexión, el horizonte que se ha abierto camino en Irak al calor de la acción, por completo fuera de control, de genuinas milicias privadas –ahí está Blackwater– al servicio de la estrategia maestra de EEUU? ¿Debemos otorgarle algún crédito a la idea de que la Unión Europea blande un proyecto realmente diferente y claramente comprometido con la búsqueda de consensos y el respeto de las normas, con la ayuda a los más pobres y con la preservación de delicados equilibrios medioambientales? ¿Qué no decir de Rusia o de China, copartícipes en activas políticas de agresión al medio y empeñadas en reproducir modelos que toman como fundamento principal, en todos los terrenos, la vorágine de la globalización? ¿Cabe aguardar algo saludable, en suma, de unas Naciones Unidas dramáticamente faltas de independencia y a menudo entregadas a la triste tarea de legitimar lo ilegítimo?

Aunque, claro, la principal incógnita que tenemos entre manos no es otra que la que nos emplaza ante nuestra capacidad –la de movimientos de muy diverso cariz– para iluminar un horizonte distinto. Al amparo de ese horizonte, y recelosos de las eventuales ventajas que puedan derivarse de un caos de escala planetaria, tendremos que proponer nuevas bases que, de carácter racional, emplacen en un primer plano la justicia, la igualdad y los derechos de las generaciones venideras, y lo hagan, por añadidura, tomando en consideración cabal a todos los habitantes del globo. En la gestación y consolidación de ese horizonte tienen por fuerza que desempeñar un papel decisivo muchas de las ideas matriz, y de las prácticas, que han impregnado de siempre a los movimientos pacifistas y antimilitaristas. Porque, si nuestro diagnóstico es correcto, nos adentramos a marchas forzadas en un teatro en el que ha acabado el tiempo de los poderes blandos, la violencia se apresta a desplegarse de forma descarnada, el militarismo y sus aditamentos tienen por fuerza que recuperar terreno y, en suma, el sufrimiento de muchos seres humanos parece llamado a acrecentarse.

---

**La democracia en Europa** 87  
*Vivien A. Schmidt*

---

**El conocimiento tradicional para  
la resolución de problemas ecológicos** 109  
*Victoria Reyes-García*

---

**“Negociar con las manos” el espacio público** 117  
*Pablo Gigosos Pérez y Manuel Saravia Madrigal*

---

# Panorama